

SOBRE PITÁGORAS Y SUS DIALOGOS

El famoso libro de Schwartz, al menos como yo lo conozco, dejó sin tratar muchas figuras del mundo antiguo, que por su significación y su magnitud tienen siempre actualidad e interés. Me propongo tratar de algunas, y en ello estoy ahora. Una es la de Pitágoras.

Fue de origen jonio. Nació en Samos, hacia el año 580 a. de J. C. Floreció hacia el 530. Había sido discípulo de Tales y de Anaximandro. Disidente respecto del régimen político de su patria—ya que sólo consideraba digno someterse a un gobernante que inspirase sus dictados en la razón y en la justicia, no en la *pleonexia* o “voluntad de dominio”—se ausentó de la tierra natal para realizar largos viajes. En aquella época los viajes constituían una de las principales fuentes del saber. Después del período de viajes, que fue la etapa decisiva en la formación de Pitágoras, se estableció en país nuevo, al sur de Italia, Allí florecían por aquella época una serie de ciudades ricas y prósperas. En una de estas ciudades, en Crotona, estableció Pitágoras la sede o el centro de irradiación de su magisterio. Su doctrina, su enseñanza, su influencia se extendieron por toda la Italia meridional (Tarento, Metaponto, Sibaris, Regium, Siracusa, etc.).

La fama y el influjo de Pitágoras como maestro, como sembrador espiritual, fue extraordinaria. Tanta que sus biógrafos tardíos envuelven su figura en una atmósfera de misterio y de leyenda, e incluso nos lo presentan como un canon de belleza masculina, y, desde luego, como un hombre de gran penetración y de presencia majestuosa y cautivadora. No ya a la muerte de Pitágoras, sino incluso en plena vida suya, la personalidad de este hombre se transfigura en objeto de un mito.

Pitágoras fue una personalidad llena de interés, de múltiples facetas. A su vera se organizó una de las escuelas de sabiduría más importantes y famosas de la antigüedad. Dentro de las dificultades que, desde luego, supone el pretender caracterizar con el señalamiento de alguna dimensión fundamental un movimiento espiritual tan complejo y vario como fue el pitagorismo, acaso resulte acertado considerar que el tema principal de su enseñanza consistió en el cultivo y en la proposición de un determinado ideal de vida, un ideal de sublimación y de pureza, por medio del cual aspiraba Pitágoras a una regeneración de la sociedad de su tiempo. Fue muy laudable el propósito. La realización, hartamente deficiente.

De cuál sería la elevación de su doctrina, nos da idea una de sus más famosas concepciones: aquella según la cual el cuerpo representa con

relación al alma como una prisión o una tumba. El más exigente ascetismo se concertaba aquí con el idealismo más sublime. Hegel admite que Pitágoras fue el primer pensador que usó el nombre de filósofo. Pero la filosofía no fue para Pitágoras mera acumulación de saber, sino que la entendió como un praxis, como una forma de vida, precisamente cual la mejor.

La mejor forma de vida, según Pitágoras, la más dichosa, la vida beata, era la vida especulativa, la vida contemplativa, la vida teórica o la filosófica. Objeto de esta vida, objeto de contemplación debería serlo, según Pitágoras, la bóveda celeste, el conjunto del Universo, el cosmos, todo él regularidad, orden y armonía. La contemplación del cosmos ha de enseñarnos, según Pitágoras, a implantar la armonía y el orden en nuestras propias almas, y, mediatamente, a través de ellas, a llevar el orden a la sociedad humana. Guías de esa armonía son las virtudes, y entre ellas, sobre todo, la justicia. Dejemos ahora a un lado la teoría pitagórica sobre las virtudes y sobre la justicia.

En el mundo antiguo, donde la ética tuvo siempre un sello marcadamente comunitario, estas concepciones de Pitágoras que aspiraban a realizar el orden de la comunidad irradiando desde el centro de la personalidad individual, tenían que ser una revolución de los espíritus, una novedad colosal. Ello explica el sabor misterioso y la fuerza proselitista con que los cautivados por esta doctrina se hacían discípulos suyos.

Así adquirió la Escuela de sabiduría de Pitágoras una fisonomía muy peculiar, como no la tuvo la Academia de Platón, ni el Liceo de Aristóteles, ni el Pórtico de los estoicos, ni mucho menos la transeunte escuela de Sócrates.

La Escuela de Pitágoras constituía un grupo cerrado, centrípeto y muy coherente, como una cofradía o hermandad. Todas las cosas eran comunes para sus miembros. Estos vivían sujetos a una severa regla de vida que se extendía a todos los aspectos de la existencia, al atuendo, al sueño, a la alimentación, al trabajo, al trato, etc. Había aspectos de la doctrina pitagórica que eran secretos. El secreto de la Escuela es una de sus características más típicas. La tradición cuenta que, obligado por la pobreza, Filolao de Tarento escribió tres libros de doctrina pitagórica, que Platón, que era rico y pudiente, le adquirió, a alto precio, para la Academia. Filolao fue vituperado.

La Escuela pitagórica no era, pues, una agrupación flexible, integrada libremente, mediante la espontánea articulación de sus miembros, sino que constituía un grupo cuidadosamente seleccionado, perfectamente organizado, con una disciplina y una jerarquía interior bien definida, firme y rígida. No obstante, nadie era obligado a nada. Se reunían los pitagóricos en locales apartados del resto del tráfico humano, que constituían verdaderos retiros, lugares para la meditación y el intercambio de sentimientos, aspiraciones e ideas: para el "diálogo". Dedicaremos consideraciones especiales al diálogo pitagórico.

Dentro de la Escuela se distinguían tres rangos o estratos, el de los novicios, el de los iniciados y el de los maestros. Durante un primer

período del noviciado, los afiliados a la escuela, tenían que aprender a obrar y a callar. La educación para el silencio y la actuación era una de las más duras exigencias de la doctrina pitagórica. Las ideas de los directores no debían ser acogidas como órdenes que doblegan la voluntad, sino como luces que esclarecen el alma y al ahuyentar sus sombras no encuentran dentro resistencia alguna. Aun respecto de los afiliados de categoría superior la autoridad de Pitágoras, el maestro, decidía de esa forma cualquier disputa. El nombre del maestro era sagrado.

Se debe tener en cuenta que, dentro de la comunidad pitagórica, habían quedado de esta forma regulados los más insignificantes detalles de la vida, incluso el aseo personal. Había una previa y minuciosa distribución de la jornada. Cada hora tenía su norma, su ocupación y su quehacer. Y al llegar la noche estaba preceptuado un acto hermosísimo: el examen de conciencia, elevando después realmente los ojos al firmamento inmenso y estrellado antes de rendirlos al sueño. El alba, cada alba, debería ser para el pitagórico como un muelle desde el cual la frágil embarcación de nuestra vida, debería partir de nuevo para su diuturno viaje, más segura de su ruta y de su timón que en la jornada anterior.

Como hemos dicho, la finalidad principal de la doctrina pitagórica era la reforma interior, la reforma de la personalidad y, a través de ella, la consecución de un nuevo orden de la comunidad. A los pitagóricos, que tuvieron figuras sobresalientes en todas las ramas del saber (médicos como Califón de Cnidos y Alcmeon; botánicos como Menestor de Sibaris; astrónomos como Hicetas de Siracusa; poeta y trágicos como Ion de Quíos o Epicarpo de Siracusa; matemáticos como Eurito de Crotona, gobernantes como Arquitas de Tarento, etc.), no les faltaron tampoco sus reformadores sociales, sus constructores de utopías, el principal de los cuales fue Hipodamos.

Sin embargo, la doctrina pitagórica, después de haber adquirido un auge extraordinario, terminó despertando grande incomodidad y descrédito. A pretexto del programa pitagórico de realizar en la vida social un reflejo de la armonía y del orden del cielo, se producía una inaceptable heterogénesis de fines, pues aquellos hombres que habían ocupado todos los puestos de importancia en la vida y que desempeñaban todos los cargos y magistraturas civiles, llevaban, sin embargo, a cabo, en forma demasiado humana, sus fines y sus afanes sublunares con olvido de los sublimes postulados de que hablaban los maestros inspirados en la armonía de las esferas celestes.

Una violenta reacción se produjo al fin contra el pitagorismo. Fue una catástrofe social. Los lugares de reunión de los pitagóricos resultaron asaltados e incendiados, y sus secuaces atacados y perseguidos ferozmente pereciendo una gran parte y pagando, como siempre sucede, justos por pecadores. Los pocos supervivientes se dispersaron. Algunos pasaron a vivir a Beocia. Otros se refugiaron en Tebas. Y un pequeño número se trasladó a Atenas, fundiéndose en la Escuela de Sócrates. Así, mediante hecho casual y aciago, se enlazan dos épocas importantes y diferentes de la historia espiritual antigua.

Pero Pitágoras—cuya obra social malogró la concupiscencia y el egoísmo de sus discípulos—estaba muy por encima de sus logrereros seguidores. Fue un genio de la humanidad y sus doctrinas estaban llenas de enseñanzas sublimes. Nunca se extinguió su influencia a lo largo de toda la historia de la filosofía. Está presente en el pensamiento de Platón. Incluso la idea de los “diálogos” en Platón procede de Pitágoras. Se advierte en la ciencia natural del Renacimiento. En cualquier época, el oído atento que ausculta el rumor de los caminos descubre su antiquísimo e inconfundible son. Por ejemplo, el famoso pensamiento de la ética kantiana, según el cual dos cosas colmaban su alma con admiración siempre renovada, el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la ley moral dentro de nuestro corazón, no es sino la reproducción de uno de los hexámetros o símbolos de Pitágoras. Por todo, por todo el pensamiento moderno anda su influjo, incluso en nuestros días y bajo muchas formas. Así en Dilthey, en Scheler y en Ortega. Ortega y Gasset empleó las palabras “*El Espectador*” para designar una serie de reverberantes publicaciones suyas, cuasi-periódicas, geniales, a través de las cuales aparecía asomado el espíritu en actitud pitagórica para pasar revista al mundo y a su acontecer, contemplar la esencial armonía de las cosas y hacerla reflejarse en el alma de cada hombre. Contemplar y pensar, he aquí la forma más elevada de vida, según Pitágoras, la vida más noble y mejor, sobre todo si de la contemplación y el pensamiento brota después la norma y la forma de la acción ... y si se la observa *sine simulatione nec fraude*.

EUSTAQUIO GALÁN Y GUTIÉRREZ